

I Capítulo 15

JESÚS DE NAZARET, LAS ENFERMEDADES Y LOS ENFERMOS

Antes de adentrarnos en cuestiones más complejas en cuanto al origen, causas y trastornos de las enfermedades, conviene que analicemos algunos términos que se manejan, mucho, entre las personas en los ámbitos religiosos y que pueden crear confusión y abocar a conclusiones fantásticas o míticas que pretendiendo ser bíblicas, en realidad no lo son. **Se trata de entrar en el ámbito de las desmitificaciones**, y traducir lo mítico a términos científicos, sin intención alguna de adulterar la Revelación de Dios. Hay un término paradigmático, por excelencia, por el que vamos a comenzar nuestro análisis. Se trata del vocablo **Milagro o Milagros**.

Dicho término deriva del latino **Miraculum**, y tiene el significado de una realidad “que causa admiración”; en griego, que es la lengua en la que se escribió originalmente el Nuevo Testamento, equivale a la palabra *Thaumasión*, que no se encuentra en el Nuevo Testamento más que en Mateo 21:15, y que en este texto se traduce por *Maravillas* (versión Reina Valera del 60). Analicemos el texto exegéticamente: “Pero los principales sacerdotes y los escribas (maestros de la Ley en aquel tiempo), viendo las maravillas (gr- *Thaumasión*) que hacía ...se indignaron.

En la narración lucana para *milagro* nos encontramos con un término griego diferente al de Mat 21:15: *paradoxa*. Así en Lucas 5:26, leemos: “Y todos sobrecogidos de asombro (Lit-gr- y éxtasis se apoderó de todos), glorificaban a Dios; y llenos de temor, decían: Hoy hemos visto maravillas (gr- *paradoxa*). Más adelante en el mismo Evangelio de Lucas (Luc. 13:17), para el vocablo *maravillas* encontramos el término griego *Ta endoxa*. El texto bíblico dice lo siguiente: “Al decir el estas cosas, se avergonzaban todos sus

adversarios; pero todo el pueblo se regocijaba por todas las cosas *gloriosas* (gr- *Ta endoxa*= *maravillas*) hechas por él”.

En el Antiguo Testamento para lo que denominamos **milagro** se emplea el término *mōpēt* (portento, prodigio) y que los LXX traduce por *Teras*. Citando a la Septuaginta, nos encontramos, en Hech 2:22 con el siguiente texto: *Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas (δυνάμεισι-poderes), prodigios (Τέρασι) y señales (σ μείοις) que Dios hizo entre vosotros por medio de el, como vosotros mismos sabéis ...”* Y en Hech. 2:43 encontramos: *“Y sobrevino temor a toda persona; y muchas maravillas (Τέρατα-prodigios) y señales (σημεία) eran hechas por los apóstoles”*.

El término *milagro* en el nuevo testamento se traduce por *δυνάμεις*, que tiene el significado de *obras poderosas y literalmente significa “poderes”* (Mat. 7:22). *Cuando se relaciona con Dios tiene el sentido de que ÉL es el que activa o da la energía (Fil. 2:13).*

Otros términos que conviene analizar son los de **posesión demoníaca o demónica**, que no se encuentran en el Nuevo Testamento. La introducción de esta denominación, para destacar determinadas alteraciones psicopatológicas (*trastornos mentales*) en las personas, se la debemos al historiador judío Josefo. Según este autor *la fe personal* no parece ser un requisito para que la persona sea curada. Josefo también nos matiza que no toda *afección física o mental, de la misma clase, era atribuida a la misma causa*. Después de describir diversos trastornos causados por la influencia de “espíritus” (*sin duda se trata de complejos o contenidos anímicos ubicados en los estratos inconscientes del corazón o esfera de la intimidad*), considera que éstos actúan sobre lo que forma el nexo, entre el cuerpo y la mente (alma-espíritu): *el sistema nervioso*; y producen diferentes efectos físicos, según la parte del mismo afectada.

Antes de entrar a analizar diversas actuaciones terapéuticas o taumatúrgicas de Jesús de Nazaret, creo que sería conveniente que reflexionásemos con seriedad sobre este interrogante **¿Cuál es el sentido de la enfermedad?** Las enfermedades irrumpen en el *devenir psicosomático del ser humano*, y

pueden afectar su cuerpo (*gr- soma*), su esférica anímico-emocional (*gr-psi-que*) y su estrato neumático o espiritual (*gr-pneuma*). Las razones por las que una persona enferma pueden parecer obvias (la agresión de algún agente patógeno exógeno o endógeno, el contagio con la afección que padece otro paciente, la desestructuración de su homeostasis bioquímica y metabólica, la descompensación del funcionamiento normal de un órgano vital; también puede ocurrir que el consumo de sustancias tóxicas haya alterado el normal funcionamiento neuro-bio-químico de su cerebro o que células que están al servicio de la salud, se vayan alterando, progresivamente, y que terminen deviniéndose como células malignas que pueden suponer un peligro letal para la vida de la persona. La etiología (causas) de las enfermedades es muy amplia y variada. *En este caso debo de añadir que quizá un 50% de dichas causas son de naturaleza psicógena, y que no tienen una infraestructura orgánica verificable.* Pero el conocimiento de la causa o causas que originan una enfermedad (*etiología*), su etiopatogenia (*como dichas causas mórbidas producen una disfuncionalidad neurofisiológica y alteran el estado de salud de un ser concreto*) y su clínica (*la diversa sintomatología que se manifiesta en el paciente*), **no nos aclara el interrogante antes apuntado: ¿cuál es el sentido de la enfermedad?** O dicho de otra manera, tiene la enfermedad un sentido que va más allá de lo etiológico, de lo etiopatogénico y de su semiología (sintomatología) clínica. Las investigaciones más finas y profundas en el campo somático (orgánico) no nos aportan una respuesta satisfactoria a nuestro interrogante. **No nos responden a la demanda existencial del porqué la persona enferma así, aquí y ahora.**

Se ha estudiado mucho el significado de la enfermedad, en relación con el *sentido de la vida y de la muerte*. La vida y la muerte, desde el punto de vista fisiológico se devienen al unísono, en el transcurrir existencial de un ser humano, como realidades que se dan, dinámicamente, en esa confrontación dialéctica, *entre el eros y el tanatos; idiosincrásica antropológicamente* y que genera la **angustia y la frustración existencial**, *que da al traste con los deseos de eternidad, o de vivencia del tiempo indefinido, que yacen insatisfechos en lo más profundo de la esfera de nuestra intimidad (Ecl 3:11).* La Biblia

nos responde al interrogante existencial que planteamos: la vida y la muerte tienen un sentido *inmanente y trascendente, que solo cobra significado, cuando nuestro punto de referencia supremo es el Ser Inefable que llamamos Dios.*

Vamos a considerar alguno de *los sentidos* que las *Escrituras* dan a la/as *enfermedades*. El libro de Job constituye, para mi, la obra más magistral y profunda que jamás se haya escrito sobre el sentido de la vida y de la enfermedad. Yo lo denomino: *Psicoanálisis de la existencia*. El psicoanalista más profundo de todos los tiempos C. G. Jung, en su libro *Respuesta a Job* coincide en atribuir al libro, del patriarca la respuesta más contundente y profunda *al sentido de la vida, de la enfermedad y del sufrimiento humano*. En esta gran obra se destaca, que no existe ningún acontecimiento en el devenir existencial de *la realidad (material, biológica, antropológica y cósmica)* que ocurra al margen de la *voluntad divina*. *Se trata de profundizar en las realidades criptogenéticas del bien y del mal*. Jung nos habla del *Dios fascinum* y de *Dios tremendum*. La consideración de Dios como aquel ser ajeno a cualquier acontecimiento que tenga que ver con el enfermar humano, le quita a la enfermedad la posibilidad de encontrarle un sentido que trascienda lo biológico, lo psicológico y se proyecte hacia lo metafísico-trascendente. Dios está más allá del sentido del **bien y del mal**. El libro de Job empieza hablándonos de la vida de este personaje, de sus circunstancias socio-religiosas, socio-económicas y socio-familiares. En el capítulo primero se desvela la infraestructura sobre la que se va a plasmar una representación trágica en la que van a intervenir, como actores determinantes de la misma, Dios, Satanás, Job, su esposa y cuatro de sus amigos. El estudio teológico-psicoanalítico del drama, que contiene esta obra magistral, nos reta a intentar sumergirnos en los secretos ético-antropológicos de la problemática del **bien y del mal**. Job va perdiendo su riqueza, sus sirvientes, sus hijos e hijas, su salud. Su esposa elabora en su interioridad todas estos luctuosos acontecimientos, los racionaliza, y en unas circunstancias de verdadera desesperación, viendo como se mantiene en su integridad la fe de su marido, a pesar de todos los sucesos traumáticos que les acontecen, le dice: **¿Aún retienes tu integri-**

dad? Maldice a Dios, y muérete. Y el le dijo: como suele hablar cualquiera de las mujeres fatuas (¿locas?), has hablado. **¿Qué? ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?** (Job 2: 9-10). Y la Escritura añade: En todo esto no pecó Job con sus labios. Este es uno de los pasajes claves, en la Revelación bíblica, para entender **la realidad** como un devenir que no se sustrae a la voluntad soberana de Dios. Todo lo que le sucedió tenía un profundo sentido: su finalidad era que Job tomase conciencia de su verdadera realidad, tanto existencial, como metafísica y salvífica. La primera intervención de uno de aquellos que venían a consolarle, en su angustia y en su dolor, ofrece, ya, un sentido a la enfermedad del patriarca y al sufrimiento de la humanidad: *“He aquí, bienaventurado es el hombre a quien Dios castiga (el término hebreo significa: aviso, amonestación, reprensión, escarmiento, castigo saludable, y en la versión de RVA, se traduce por **disciplina**); por tanto, no menosprecies la corrección del Todopoderoso. Porque él es quien hace la llaga, y él la vendará; el hiere, y sus manos curan”.* (Job 5:17-18). Se estableció un gran debate entre Job y cuatro de sus amigos, sin llegar a esclarecer la razón o causa de sus sufrimientos. Solo cuando interviene el más joven de ellos, y le dice a Job, si yo estuviera en tu lugar le diría a Dios: **“Enséñame tu lo que yo no veo”** (Job 34:32), empieza a iluminarse el *sentido de sus padecimientos*.

En el Nuevo Testamento tenemos ejemplos esclarecedores del *sentido de la enfermedad* explicitados por el mismo Jesús de Nazaret. Es el caso de la enfermedad de su discípulo y amigo Lázaro de Betania. En los últimos días que precedieron a su crucifixión, Jesús se apartaba con sus apóstoles de los centros urbanos. En una de estas circunstancias, las hermanas de Lázaro, Marta y María, le envían un aviso con el siguiente mensaje: *“Señor, ¡mira! el que amas está enfermo.* Oyéndolo Jesús, dijo: ***Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado en ella***” (Evangelio de Juan 11:3-4). Es pensable que los discípulos que estaban con él, quedasen sorprendidos y un tanto desconcertados al ver que no iba a salvar a un amigo tan entrañable. Pero ellos no comprendían que *la enfermedad de Lázaro tenía un sentido que incluso trascendía la muerte*

*misma. Jesús esperó a que muriera y entonces fue cuando se encaminó a Betania. Lázaro llevaba varios días en el sepulcro. Pero aquella muerte también tenía un sentido salvífico, que le iba a permitir a Jesús de Nazaret manifestarse como aquel que era la Resurrección y la Vida y anunciar que todo aquel que creyese en él, aunque muriera volvería a vivir. Pero la muerte de Lázaro tenía además un sentido **teleológico, que nadie conocía salvo el mismo Jesús: la reunión oficial del Sanhedrin para decretar de forma inapelable y definitiva la muerte del Nazareno.** La muerte de Lázaro también tenía un sentido **salvífico, que supondría por el acto soteriológico de Cristo en la cruz del Gólgota, la reconciliación de todas las cosas con Dios, mediante el sacrificio del Cristo Cósmico.** (Col. 1).*

Vemos como la enfermedad puede tener una finalidad *teleológica, metafísica, salvífica y soteriológica*, que trasciende el sentido físico o psíquico de la misma.